

Daniel Pérez Morales

OPERACIÓN NÉMESIS

(ACER NIGRUM V)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº 25 —

MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © DANIEL PÉREZ MORALES

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en solapa © Ana Pérez

Primera edición: Septiembre 2021
I.S.B.N: 978-84-18997-05-1
Depósito legal: M-26256-2021
Impreso en España.

Aunque se citan hechos históricos, esta novela es una obra de ficción. Tanto la trama como los personajes son imaginarios y, en lo relativo a ellos, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.



www.cuadernosdelaberinto.com

Para Pili, Carmina, Paqui, Melu y Popi.

PRÓLOGO

Las primeras semanas fueron las peores. Raquel Jovel sabía que iba a extrañar la vida que dejaba atrás cuando emigró con su marido a Canadá. Pero la adaptación resultó más difícil de lo que esperaba. Se mudaron a un bloque de apartamentos del barrio de Saint Henri, en Montreal, donde el esposo consiguió un empleo de jardinero. Ella, en cambio, no se atrevía ni a presentarse a entrevistas de trabajo porque no hablaba ni una palabra del idioma. Se pasó muchos días encerrada en casa sin nada que hacer, aparte de sentirse sola y echar de menos a su familia.

Todo cambió cuando, al cabo de unos meses, el matrimonio fue bendecido con el nacimiento de un varón al que pusieron de nombre Diego y bautizaron según sus profundas creencias cristianas. El marido consiguió ganar lo suficiente como para que los tres salieran adelante y Raquel se quedó en casa cuidando del bebé. El niño se convirtió en el centro de todo su universo. Diego era un bebé bueno y sano. Dormía doce horas seguidas, apenas lloraba y siempre tenía apetito. Feliz junto al pequeño, Raquel llegó a la conclusión de que la decisión de abandonar El Salvador fue la mejor que había tomado en su vida.

El incidente ocurrió en primavera, durante una de esas tardes espléndidas en las que la gente sale en masa a retozar por los jardines de la ciudad. Raquel condujo el Honda Civic de segunda mano hasta el parque de Mont Royal y se sentó un rato con el bebé junto al Lago de los Castores. En la orilla vio a un hombre mayor sentado en un taburete que pintaba un lienzo. No replicaba el paisaje que tenía delante, sino que ultimaba los detalles de un horizonte impregnado de melancolía, una composición vaporosa de cipreses bajo unas nubes de lluvia. Raquel empujó el carrito del niño hasta una distancia prudencial para verlo trabajar sin causarle molestias. No entendía mucho de arte, pero le agradaban los colores del óleo. El pintor reparó en su presencia y se volvió hacia ella.

—¿Quiere acercarse a verlo?

—Lo siento..., no hablo..., francés... —repuso Raquel, que encadenó unas sílabas aprendidas de memoria.

El artista se quitó el sombrero de panamá y se secó la frente con un pañuelo.

Tenía poco pelo, los hombros caídos y el pecho hundido.

—¿Español?

—Sí.

—*Soy de México. Oaxaca* —dijo.

Raquel reaccionó con cautela. Era tímida, no estaba acostumbrada a hablar con hombres y se sentía intimidada cada vez que un desconocido la abordaba. Esbozó una sonrisa de cortesía.

—*Yo de El Salvador.*

—*Ah, pues muy bien... Mira por dónde hemos coincidido en esta tierra de blanquitos aburridos* —bromeó.

La joven consideró que el artista era inofensivo y acercó un poco más el carrito.

—*Es bonito el cuadro. ¿Dónde aprendió a pintar así?*

—*No me enseñó nadie. Nací con el don, como otros nacen altos o pequeños. De chamaco ya me ganaba la vida vendiendo óleos a los turistas por la calle. Los tiempos han cambiado mucho desde entonces. A los jóvenes de ahora solo les preocupa checar el celular* —se levantó el sombrero a modo de saludo—. *Me llamo Mateo, aunque mis amigos me llaman Mati.*

—Raquel.

—*Mucho gusto, Raquel. ¿Y quién es el dormilón del carrito?*

—Diego —respondió orgullosa.

—*Tiene cara de bueno* —dijo—. *Yo dejé una nietecita allá, en Oaxaca. Era muy menudita cuando nació. Frijolito, así la llamaba yo de lo pequeña que era. Ahora ya tiene doce años.*

El pintor estiró el brazo para alcanzar la nevera portátil en la que guardaba unas botellas de agua.

—*¿Quiere una? Siempre llevo varias para refrescarme por la tarde.*

Raquel nunca aceptaba nada de un extraño. El consejo se lo dio su madre cuando era niña y lo seguía cumpliendo a rajatabla.

—*No, gracias, pero es muy amable. No quiero distraerle más.*

—*Cuando desee tener a alguien con quien hablar, por aquí estaré hasta que termine mi pequeña obra* —se despidió.

Raquel asintió para despedirse y reemprendió el paseo. Rodeó un tramo de la orilla y se sentó en un banco ubicado entre dos esculturas de estilo abstracto. Soplabla la brisa de un día perfecto. Los niños rodaban por las pendientes de hierba y las familias se reunían en los merenderos. Diego se despertó en el carrito y comenzó a mover las manitas porque tenía hambre. Raquel le preparó un bol de leche con cereales que Diego engulló con apetito.

Cuando llegó el momento de volver a casa, Raquel cogió a su hijo, lo aseguró a la silla del asiento trasero del coche y guardó el carro en el maletero. Condujo por la avenida Atwater en dirección al barrio de Westmount. En el cruce con el bulevar de Maisonneuve, se detuvo en un semáforo. Fue entonces cuando Diego regurgitó de un modo que Raquel no había oído antes. Se puso en guardia y se dio la vuelta para vigilar al pequeño.

—*¿Qué te pasa, amor?* —preguntó.

El bebé tosió de un modo extraño. Raquel aparcó el coche frente a un supermercado, se bajó y abrió la puerta trasera para comprobar su estado. Diego tenía los ojos vidriosos y movía los bracitos como para ayudarse a respirar, pero no lo conseguía. La joven se puso nerviosa y, lo que comenzó como un susto, derivó en un ataque de pánico.

—*Mi vida... ¿Qué te ocurre?*

Incapaz de reaccionar, se quedó paralizada durante unos instantes, hasta que se le ocurrió hacer la llamada de teléfono. Tardaron tres segundos en responder al otro lado de la línea.

—911, ¿cuál es su emergencia? —respondió la voz del operador en francés.

—*¡Mi bebé, mi bebé!*... —gritó Raquel en español.

—Señora, no la entiendo. ¿Puede repetir?

—*¡Mi bebé no puede respira! ¡Ayúdenme, por favor!*

—¿Necesita a la policía, a los bomberos o a una ambulancia?

—*¡No sale aire! ¡Que alguien me ayude!*

—Señora, ¿habla francés o inglés?

—*¡Vengan pronto, por favor! ¡Mi niño se está muriendo!*

—Espere un momento, no cuelgue.

Silencio. Al oír gritar a la joven, algunos curiosos formaron un corro alrededor, pero nadie la asistió. Transcurrieron varios segundos antes de que Raquel fuera atendida al teléfono por alguien que hablaba su idioma. Desde el primer momento quedó claro que no era un nativo.

—*Señora, necesito que hable conmigo* —dijo el nuevo operador despacio y alargando las vocales.

—*¡Mi niño se muere!*

—*¿Qué le ocurre?*

—*¡No puede respirar! ¡Se ha atragantado! ¡Se ahoga! ¡Se muere!*

—*¿Puede hablar más despacio?*

Pero ella ya no atendía a la conversación. Diego había cerrado los ojos, había dejado de moverse y Raquel supo que los médicos jamás llegarían a tiempo. Sintió que el corazón se le encogía y que el mundo se derrumbaba sobre ella. El suelo se tornó líquido bajo sus pies.

—*Señor misericordioso. No te lo lleves tan pequeño.*

Una mujer vestida con ropa de yoga salía en ese momento del supermercado. Arrojó a la acera una bolsa llena de fruta, abrió la puerta del vehículo, desenganchó al bebé de la silla e hincó la rodilla en el asfalto con él en los brazos.

—*¡Haga algo!* —gimoteó Raquel—. *¡Salve a mi bebé, por favor!*

La desconocida no le prestó la menor atención. Su única preocupación era sostener las constantes vitales del pequeño. Extendió el brazo sobre el muslo derecho y tumbó al bebé encima, con la cara hacia el suelo.

—Vamos, corazón, ven aquí... —le susurró con una tranquilidad que asustaba.

Se aseguró de que la cabeza reposara por debajo del pecho y comenzó a darle golpecitos entre los omóplatos.

—Venga, hazlo por mí.

La desconocida repitió la operación durante unos instantes hasta que percibió que el bebé volvía a reaccionar.

—Eso es, ya pasó lo peor. Eres un valiente, chiquitín.

Aturdido, el bebé regresó a la vida. Sacudió las manos y recuperó la respiración. La madre cerró los ojos y alzó la cabeza hacia el cielo. No dejaba de temblar.

—*Oh, Señor, oh, Señor.*

Diego tardó unos segundos en inhalar el aire con una cadencia normal. Volvió a mover los brazos y las piernas. La desconocida levantó al bebé por las axilas.

—Eres todo un campeón, ¿eh?

Sobre la barbilla del bebé, envuelto en una saliva blanquecina, apareció el copo de cereal que le había obstruido la garganta. Raquel recogió emocionada a su hijo y lo abrazó con fuerza.

—*¡Muchas gracias! ¡Gracias! ¡Merci!*

La mujer se acercó al bebé y le acarició la cabeza. Chapurreó algo en español.

—*¿Cómo llamarse niño?*

—*Diego* —respondió la madre, todavía estremecida—. *Le di de comer hace mucho rato. No sé cómo ha podido atragantarse ahora.*

La mujer se limitó a pellizcar la mejilla del pequeño, que miraba hacia todas partes como si no hubiera pasado nada.

—*Tú ser muy guapo, Diego* —le dijo en un español terrible.

Se pasó la mano por la frente sudorosa y contempló la fruta derramada sobre el suelo. No le gustó lo que vio alrededor, un grupo de curiosos que

no dejaba de grabar la escena con los teléfonos móviles. Apreciaba demasiado su intimidad y su anonimato. Lo último que deseaba era convertirse en la protagonista de uno de esos vídeos que se multiplican por Internet. Oyó algunas palabras de felicitación entre los murmullos, todas lejanas, que fueron silenciadas por la sirena de un vehículo de la Policía Metropolitana. Dos patrulleros se personaron en la esquina del suceso.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el más joven.

A Raquel le resultaba imposible explicarse, de modo que la mujer intercedió por ella.

—Un bebé se ha atragantado. No podía respirar. Ya ha pasado todo.

—¿Se encuentra bien el pequeño?

—Le ha dado un susto horrible a su madre, pero los dos están bien. Le liberé las vías respiratorias mediante la maniobra de Heimlich aplicada a bebés. Acababa de salir de yoga, entré un momento al supermercado y me encontré con la situación al salir.

—¿Es médico?

La mujer prefirió no proporcionar demasiada información sobre ella.

—Tengo algunas nociones sobre primeros auxilios —contestó con cautela.

—Han tenido mucha suerte de que estuviera por aquí.

Se oyeron más sirenas. La ambulancia tuvo que abrirse paso a través de los mirones que abarrotaban la esquina. Los médicos corrieron hacia el bebé y comprobaron que no parecía haber sufrido daños. A pesar de ello, decidieron que se lo llevarían al hospital para examinarlo. Raquel se acercó hacia la salvadora de su hijo y le tomó la mano.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—*Mi nombre ser Isabelle* —respondió la mujer con su pobre español—. *¿Y tú ser...?*

—*Raquel* —le dijo emocionada—. *Millones de gracias, Isabel. Millones. Nunca la olvidaré. Que Dios la bendiga. Que Dios la bendiga a usted y a toda su familia.*

Isabelle echó un vistazo alrededor y comprobó que se había convertido en el centro de atención. Los curiosos no dejaban de enfocarla con las cámaras de los teléfonos móviles. Resultaba intimidante sentirse replicada en las pantallas de tantos dispositivos.

—Será mejor que me marche —le dijo al policía—. ¿Pueden hacerme el favor de recoger esa fruta del suelo? Llévensela a casa si quieren. Las piezas son de las buenas, las he seleccionado una a una. Hay mangos, fresas y melocotones.

—Después de lo que acaba de hacer, permita que la ayudemos para que se la lleve.

—No hace falta. Aprovéchenla y coman algo sano —dijo como si estuviera al corriente de sus hábitos alimenticios—. Yo necesito marcharme de aquí cuanto antes.

—Como desee. Descuide, nos ocuparemos de todo.

Ella se limitó a asentir. Se despidió de los policías y prosiguió el camino en silencio. Quería desaparecer, lejos de todos aquellos aparatos que acababan de arrebatarle su preciada intimidad. Temía que los vídeos fueran publicados en Internet y que la madre del bebé no fuera la única que conociera su nombre.

En el territorio mohawk de Kahnawake se celebraba el *Pow-wow*, una ceremonia inspirada en las reuniones ancestrales en las que los chamanes curaban a los enfermos y los jefes de las tribus sellaban sus alianzas. La comunidad se encuentra a veinte kilómetros al suroeste de Montreal y cuenta con un órgano de gobierno autónomo, el Gran Jefe junto al Consejo Mohawk, y con un cuerpo de policía propio conocido como Peacekeepers.

Alwyn Rice portaba la bandera iroquesa durante el desfile de veteranos del *Pow-wow*. Era todavía un hombre fuerte, pero el pelo blanco y la piel agrietada revelaban una vida consagrada a un trabajo de los duros en una planta siderúrgica. Llevaba una boina negra, un pantalón militar y exhibía con orgullo el chaleco de cuero de los *Canadian Nam Vets* que solo se ponía en los homenajes.

Siendo muy joven, consiguió un empleo en la construcción de un rascacielos en Búfalo, Estados Unidos. El capataz no se lo pensó dos veces a la hora de contratarlo, pues la mano de obra mohawk era apreciada por su habilidad y arrojo para trabajar en las alturas. Cuando estalló la Guerra de Vietnam, una ley estadounidense decretó el reclutamiento de residentes extranjeros de entre dieciocho y veintiséis años. Alwyn, que había emigrado para descolgarse por las paredes de un edificio, terminó de electricista en el destructor Charles S. Sperry que navegaba por el Golfo de Tonkin del Mar de la China Meridional.

A la conclusión del desfile, intercambió saludos y palabras de cortesía con otros veteranos a los que no había visto desde hacía tiempo. Escuchó las anécdotas de siempre aunque, de un tiempo a esta parte, cada vez oía más quejas sobre los achaques propios de los hombres de su edad, próstatas, caderas o rodillas. Hacerse viejo es una mierda, pensó Alwyn, aunque nunca dejaba de sentirse afortunado. Entre los veteranos, los había que ya regresaron del frente con la vida truncada para siempre. Jack Stacey era uno de ellos. Tenía diecinueve años cuando volvió de Vietnam postrado en una silla de ruedas.

—Me alegro de que te decidieras a venir, Jack —lo saludó Alwyn.

—Joder, no te veía desde... ¡Mierda, ni siquiera puedo recordarlo!

—Fue el pasado 11 de noviembre, en el homenaje del Regimiento Royal Highland.

—Es verdad. Hacía un frío del demonio —sonrió—. Como para olvidarlo. Si dura dos minutos más el discurso, en lugar de traerme a casa tendrías que haberme llevado directamente al cementerio.

Jack Stacey era un hombre calvo de sesenta y seis años. Estaba prometido con su novia cuando fue llamado a filas, pero la joven lo abandonó en cuanto vio en qué estado se lo devolvieron. Jack nunca llegó a casarse. No es fácil encontrar una compañera de viaje para el resto de una vida cuando se está paralizado de cintura para abajo. Pasaba los días recluso en un apartamento que solo abandonaba para reencontrarse con otros veteranos como él. Cada vez que Alwyn miraba a Stacey, recordaba la cantidad infinita de vidas y sueños de jóvenes inocentes que quedaron enterrados en un país del que ni siquiera habían oído hablar cuando fueron reclutados.

La unidad de Stacey fue enviada al pueblo de Phu Da, a unos treinta kilómetros al suroeste de Da Nang, en el valle de An Hoa. Durante una guardia nocturna en la aldea, Stacey oyó que se acercaba algo a gran velocidad. Asustado, desenfundó el arma, apuntó y casi acribilla al cerdito que asomó entre los arbustos. Como no podía ser de otro modo, los compañeros se partieron de risa en cuanto el gorrino hizo su aparición estelar.

En circunstancias normales, la anécdota debería haber originado un apodo gracioso y Jack tendría que haber aguantado las bromas del resto de los reclutas durante meses. Pero los soldados aún no habían terminado de divertirse a su costa cuando recibieron una ráfaga de ametralladora. Oyeron que los disparos procedían del pueblo y el batallón se agazapó entre la maleza con la idea de reagruparse para lanzar la contraofensiva.

Cuando la compañía salió tras los guerrilleros del Vietcong, un joven se quedó atrás. Era Jack Stacey y acababa de completar los últimos pasos de su vida. Nunca supo quién ni desde dónde disparó, pero sus piernas dejaron de moverse. Como si el tiempo se hubiera parado en aquel instante, todavía tenía pesadillas en las que un cerdito aparecía entre los arbustos y los compañeros se burlaban de él.

—¿Cómo te va? —preguntó Alwyn.

—Jodido —respondió con resignación.

—Entonces estás como siempre.

Stacey sonrió, pero enseguida se le ensombreció el rostro.

—Han vuelto a denegarme las ayudas.

—Es lo que esperabas. ¿Cuántas veces lo has intentado?

—No es por capricho, Al. Padezco insuficiencia cardíaca y diabetes, por no mencionar que cada vez me cuesta más moverme. Necesito ampliar la

cobertura del seguro médico, pero no dispondré del dinero si no me conceden las ayudas.

Durante la guerra de Vietnam, fueron reclutados unos treinta mil soldados canadienses entre voluntarios y jóvenes que vivieron en Estados Unidos. El gobierno de Canadá nunca se implicó oficialmente en el conflicto, por lo que tampoco reconoció formalmente a los ciudadanos que murieron, desaparecieron o prestaron servicio en la contienda.

—Me hicieron esto, Al —señaló la silla—. Yo no lo pedí. Pero nadie moverá un dedo porque se supone que nunca combatí.

—Quizá las cosas cambien algún día.

—Para entonces estaremos todos muertos.

Había una mesa con un pequeño almuerzo para los miembros de la asociación de veteranos. Sándwiches a la plancha de huevo y jamón que hacía un rato que se quedaron fríos. Stacey le dio un mordisco a uno de ellos.

—Ya vamos quedando menos —dijo—. Miller, Johnson, Jacobs...

—¿Cuándo fue lo de Jacobs?

—El otoño pasado. Ya no lo vi en lo del Royal Highland —recordó—. Me caía bien. Estaba loco, pero era un loco simpático. Le entró esa manía de presentarse a concursos de atiborrarse a comer. ¿Te acuerdas? Salchichas, hamburguesas..., el tipo arrasaba en todos. Se puso como un tonel. ¿Cuánto pesaba?

—No lo sé. Una barbaridad.

—También era tacaño. Me contó que una vez se bebió medio frasco de ketchup para hacerle gasto a un restaurante que le pareció demasiado caro. Bien pensado, Jacobs estaba como una cabra.

Una mujer de unos cuarenta años se abrió paso entre los congregados. Se llamaba Hazel Rice y era la hija de Alwyn. De pelo largo y ojos rasgados, llevaba ropa sencilla, camiseta blanca, vaqueros descoloridos y zapatillas deportivas.

—Hola, papá. Hola, Jack —los saludó.

Le dio un beso en la mejilla a Alwyn y se inclinó para abrazar a Jack. Lo conocía desde que era pequeña. Cuando su madre vivía, a veces lo invitaba a casa por Acción de Gracias o Navidad porque sentía lástima por él. Hazel se puso en cucullas para ponerse a su altura y le acarició la mano.

—¿Cómo estás?

—Bien, preciosa, bien... Aguantando el tipo un año más, como puedes ver.

—He oído que vives enclaustrado como un monje.

—Alwyn es un bocazas que siempre habla demasiado.

—Deberías salir más. ¿Por qué no te llevas a mi padre por ahí de vez en cuando? Podéis beberos unas cervezas a mi salud. Así me lo quitarías un rato de encima.

—El viejo Al es insufrible, ¿verdad? Lo haría con mucho gusto, preciosa. Pero, como le contaba a tu padre, cada vez me cuesta más moverme —dijo—. Es increíble cómo pasa el tiempo. Cuando te conocí no levantabas un palmo del suelo. Eras un trasto, un dolor de cabeza para tu madre.

—No podía estar me quieta... —admitió.

—Ni por un segundo. Y, sin embargo, mírate ahora. Ya con una hija que es casi tan alta como tú.

Hazel le dio unas palmaditas en el brazo y se puso de pie.

—¿Queréis que os saque una foto?

A su padre no le agradaba posar, pero a Jack pareció entusiasmarle la idea. Hazel abrió el bolso y cogió el teléfono móvil. Tomó a su padre por el codo para acercarlo a su amigo.

—Ponte ahí, de cara a la luz para que se te vea bien.

Alwyn buscó una silla en la que sentarse a la misma altura que Jack y Hazel los enfocó con la cámara para inmortalizar el encuentro.

—Puedes sonreír, papá —dijo ella—. No duele.

—Termina de una vez.

—No seas cascarrabias. Los dos salís muy guapos.

Después de despedirse de Stacey, Hazel y su padre dieron un paseo por el recinto del *Pow-wow*. El ambiente era festivo y la mañana soleada había animado a muchos turistas norteamericanos a cruzar la frontera para acudir. La gente esperaba su turno en los puestos de tacos o deambulaba por el mercadillo de artesanía, hasta que se oyó el retumbar de los tambores y pareció que el suelo fuera a partirse en dos. El sonido envolvente de las percusiones y los cánticos comenzó a arrastrar a la multitud hacia el círculo ceremonial. Aunque Hazel había presenciado aquel ritual en muchas ocasiones, nunca dejaba de impresionarle el prelude de la danza. Los ritmos anticipaban que algo importante iba a suceder. Al oírlos, sentía escalofríos por todo el cuerpo.

La multitud se congregó alrededor de la pista. Hombres con el rostro pintado comenzaron a bailar al ritmo de los tambores. Vestían capas de colores engalanadas con plumas, flecos y cascabeles, y se movían en el sentido de las agujas del reloj. Evocaban una tradición ancestral. Después de cada batalla, los guerreros mohawk danzaban delante de su pueblo y replicaban las acrobacias con las que esquivaron las amenazas o se enfrentaron a sus enemigos.

Más tarde, el círculo ceremonial fue ocupado por mujeres con tiaras, petos de cuentas y ramos de plumas. Agitaban con suavidad sus coloridos chales, como mariposas que emergían y flotaban sobre el césped. Eran madres y abuelas que bailaban de un modo solemne, sin separar un pie del suelo, para simbolizar así el eterno vínculo de su pueblo con la Madre Tierra.

Hazel se citó con una amiga que había asistido al *Pow-wow*. Se llamaba Christine Beck y quedaron en encontrarse en una de las carpas de comida. El puesto estaba cubierto por una lona blanca y hacía mucho calor en el interior, pero era el único que disponía de mesas libres. Se saludaron con un abrazo cariñoso y pidieron un par de refrescos de cola sin azúcar. Christine era unos años más joven que Hazel y parecía de buen humor. Morena, con media melena y de complexión atlética, exhibía unas condiciones físicas envidiables.

Hazel y Christine coincidieron por última vez en una carrera benéfica para recaudar fondos destinados a investigar el cáncer de mama. El evento es conocido como *Las chicas del barro* porque el recorrido de cinco kilómetros está repleto de vallas y charcos, y todas las participantes se ponen perdidas. Se compete con ropa de deporte rosa y Christine quedó la primera. Hazel tuvo que conformarse con una modesta vigésima posición.

—Mordiste el polvo —se jactó Christine en un momento de la conversación.

—Lo importante es participar.

—Eso es lo que dicen todas las perdedoras —sonrió.

—No te pavonees. No tiene mérito machacar a una abuela como yo.

—¿Y si sales a entrenar conmigo? —la invitó Christine—. Te encontré en baja forma. Llegaste reventada a la meta.

—No tengo tiempo. Además, estoy mayor para eso. Las nuevas generaciones vienen pisando fuerte —reconoció—. El próximo año me limitaré a hacer una donación a la organización para tranquilizar mi conciencia.

Con gesto de cansancio, Hazel miró hacia la barra y vio a los cocineros sudorosos que asaban carne sumidos en una frenética coreografía. Dio un largo trago a su bebida y se pegó el vaso a la frente para refrescársela. Por un momento, lamentó que el *Pow-wow* fuera un evento de carácter familiar en el que no se vendía alcohol.

—Necesitaré algo más cargado que una Coca-Cola para sobrevivir durante las próximas semanas.

—¿Problemas en casa? —preguntó Christine.

—Tener que volver con mi padre a los cuarenta años es más duro de lo que parece. No me malinterpretes, no quiero que pienses mal. Sé que se

esfuerzo por hacernos la estancia lo más agradable posible, pero no siempre es fácil convivir bajo el mismo techo con un hombre tan testarudo.

—Tú también te has hecho mayor. No creo que tengas el mismo aguante que antes.

—En eso tienes razón.

Hacía un año y medio que Hazel Rice había salido malparada tras su divorcio de un hombre llamado Norman Hamilton. Cuando su exmarido fue despedido de la fábrica de baterías en la que trabajaba, ella cometió el error de ayudarlo a abrir un taller mecánico que acabó resultando un negocio ruinoso. Como administradora a medias de la sociedad, todo el dinero que ganaba iba destinado a pagar las deudas de los acreedores, por lo que carecía de la solvencia necesaria para mudarse a un apartamento con su hija. Como solución temporal, las dos se trasladaron a la casa del abuelo Alwyn mientras esperaban la llegada de tiempos mejores.

—Creo que mi padre agradece nuestra compañía —dijo Hazel—. No volvió a ser el mismo desde que mi madre murió. Su carácter se agrió y perdió el interés por todo. Ahora, sin embargo, se levanta temprano, cuida del huerto, sale a la compra o nos prepara la comida. Supongo que le viene bien tener de nuevo a alguien con quien hablar.

—¿Qué tal lo lleva tu hija?

—Linda está más rebelde que nunca. Ahora le ha dado por verse con un chico mayor, un tal Jason Menard. Tiene veintidós años, seis más que ella. No me parece que sea una buena influencia. Linda apenas para en casa y regresa demasiadas veces de madrugada. Discutimos mucho por eso.

—Ninguna de las dos fuimos unas santas a su edad —le restó importancia Christine—. Ya madurará.

—No quiero que cometa los mismos errores que yo. Mira dónde he terminado. Acogida por mi padre a los cuarenta.

—Podéis veniros conmigo durante un tiempo —le propuso—. Ya sabes que vivo sola.

—Gracias por el ofrecimiento, pero tu casa es una caja de cerillas.

—Tendríais que apretaros un poco, pero creo que habría sitio para las tres.

—No es una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque siempre existe la posibilidad de que te reconcilies con Scott y os mudéis juntos. ¿Qué harás entonces? ¿Echarnos a la calle? ¿Enviarnos a una tienda de campaña en el jardín?

—Eso no va a ocurrir. Lo de Scott ha terminado para siempre.

—¿Estás con alguien?

—No estoy con nadie. No lo necesito. He decidido tomarme un descanso de los hombres. Quiero disfrutar de mi libertad. Reencontrarme conmigo misma.

—Eso suena muy zen —bromeó Hazel.

Al cabo de un rato de conversación, Hazel se despidió y se dirigió al aparcamiento en el que había dejado el coche, un destartado Toyota Corolla verde de tercera mano. Escogió volver a casa por la autopista. El depósito entró en la reserva y decidió desviarse hacia la calle de su gasolinera habitual.

Todos los surtidores estaban libres. Cuando entró en la tienda, vio que el dependiente se había enzarzado en una discusión con un mendigo. El *Loco Billy* era un viejo alcohólico que vivía en una caravana desvencijada. Delgado, pálido y con los ojos hundidos, parecía estar más muerto que vivo. En pleno verano, llevaba puesto un abrigo de mujer que le llegaba a las rodillas, botas de agua y un sombrero vaquero bajo el que asomaba un pelo gris y grasiento. Olía como si nunca se hubiera lavado.

—¡Lárgate de una vez! —le gritó el empleado al indigente.

Billy tenía la mirada perdida.

—Viene una gran guerra... —balbuceó con la boca desdentada—. Está escrito en el Libro de las Revelaciones...

El dependiente se dirigió a la recién llegada.

—Hola, Hazel. Este maldito borracho lleva media hora espantándome a la clientela. Es la segunda vez que quiere llevarse un café y un bollo sin pagar en esta semana. ¡Me tiene harto! Le he dicho que se largue por donde ha venido, pero empezó a murmurar hace cinco minutos y se ha quedado así, en trance, diciendo tonterías.

Billy continuó atrapado en su ensoñación. Nada de lo que viera u oyera parecía perturbarlo.

—Un asteroide... Un asteroide se estrellará contra la Tierra...

—¡A ver si es verdad! —exclamó el dependiente—. ¡Aunque solo sea para ver cómo revientas!

Hazel se interpuso entre los dos y se volvió hacia el vagabundo.

—¡Billy! ¡Eh, Billy! Mírame...

El viejo no reaccionó.

—Vendrán hambrunas y terremotos..., habrá pestes y el diablo se encarnará en un ser humano...

Hazel notó el olor a whisky en su aliento. Lo tomó por el brazo y lo condujo hacia el mostrador de la bollería. Al sentir el contacto de la mujer, el individuo pareció recobrar el sentido.

—Vamos, William —dijo Hazel—. Puedes estar tranquilo conmigo.